

# LAS ÉLITES CENTROAMERICANAS DESDE EL ENFOQUE CENTRO-PERIFERIA

por Giorgio Tinelli



“LOS FUERTES HACEN CUANTO PUEDEN Y LOS DÉBILES SUFREN CUANTO DEBEN”

TUCÍDIDES

Omitiendo algunas páginas aisladas de su historia, sería justo afirmar aún con cierto empaque que no existe región a nivel internacional que haya encarnado de manera más paradigmática la categoría de periferia como la del istmo centroamericano.

Esta región siempre ha incluido entre sus principales características una serie de elementos “clásicos” de la situación de dominación externa: explotación de los recursos, desigualdad en los intercambios, ausencia de reciprocidad, dependencia de actores económicos y políticos externos. En este sentido, resulta inútil consagrar razonamientos mínimamente articulados a explicar la irrefutable consistencia de la teoría que considera la región centroamericana como un área endémicamente dependiente del exterior, sobre todo como consecuencia de su incapacidad crónica para modificar un sistema productivo tradicional, que raramente ha logrado ir más allá de la producción agro/zootécnica para la exportación, cuya ostentación, ante la falta de un sector moderno -o, por lo menos, dinámico- entre las élites locales, ha continuamente bloqueado las perspectivas de crecimiento y desarrollo social de la región.

Si partimos del supuesto de que la “especificidad” centroamericana con relación al resto del continente está vinculada a la falta de modernización de las élites dominantes, resulta, entonces, indispensable hacer algunas consideraciones sobre el origen de dicha peculiaridad.

En todo el continente latinoamericano asistimos al pasaje desde el colonialismo a la formación de los estados nacionales, período que atraviesa los tiempos de la independencia y que llega hasta la “dominación tradicional”, con el protagonismo de aquello que en la literatura especializada se conoce como “caudillismo”: se da por hecho que durante este período se forja uno de los principales elementos -negativos- de la cultura política latinoamericana: el patrimonialismo. En el caso centroamericano, la degeneración del patrimonialismo -que es definida por algunos autores como “sultanismo”, que implica una estructura de dominación particularmente marcada por la personalización del poder y la arbitrariedad<sup>1</sup>- debe considerarse como punto de partida y mito fundacional de los futuros comportamientos políticos, económicos y sociales de las élites.

Una interpretación que, quizás, concede demasiado a la psico-antropología, destaca la importancia que tuvo el origen de las primeras familias colonizadoras del istmo, que provenían de las regiones ibéricas más periféricas, y su obstinación por no conceder nada a ideas y comportamiento que fuesen

considerados no tradicionales<sup>2</sup>. Esta inclinación hacia los valores tradicionales (sangre, tierra, familia) va de la mano -a lo largo de todas las etapas dramáticas de la historia centroamericana- con una crónica propensión a confiar la gestión de los recursos, tierras, actividades, hasta la propia soberanía nacional (ejemplar es el caso de Nicaragua, con la firma del tratado Chamorro-Bryan, en 1914) a actores externos que, con la disminución de los intereses ingleses en la región, obviamente han estado siempre más ligados a Estados Unidos, cuando no era Estados Unidos mismo. Los exponentes de la teoría de la dependencia proponen la experiencia centroamericana como caso emblemático en su descripción de la categoría de economía de enclave, que son las que menos logran diversificar su producción y que confían a agentes externos la gestión del sistema exportador naturalmente monoprodutor<sup>3</sup>.

De hecho, los destinos políticos y económicos de las repúblicas centroamericanas encerrados entre los inmarcesibles tenazas de las “paralelas históricas” de las oligarquías conservadoras y liberales, que siguen enfrentándose no a causa de diferencias ideológicas, sino de la defensa tenaz de sus intereses, de su linaje, de su prestigio, buscando congraciarse con el “vecino del norte” y con el “peonaje” de los “mozos colonos” que son carne de cañón, ante la total ausencia, entre estos últimos, de cualquier tipo de solidaridad horizontal. Los únicos intentos por romper este orden oligárquico completamente servil hacia Estados Unidos, el único “centro”, ostentación de la versión más dura de la doctrina Monroe y de la teoría del “patio trasero”, fueron las rebeliones anti-imperialistas del patriota nicaragüense Augusto César Sandino, entre 1927 y 1933, y la fracasada revolución agraria del comunista salvadoreño Agustín Farabundo Martí, en 1932, intentos reprimidos sangrientamente por la reacción oligárquico-militar apoyada siempre y bajo cualquier circunstancia por Estados Unidos.

La incapacidad de las élites para imaginar un desarrollo endógeno, unida a la ausencia de una voluntad real de escapar de un sistema económico rural o crónicamente pre-industrial, en un contexto de firme intención estadounidense de controlar un área del hemisferio de inconmesurable interés geoestratégico: en este escenario “la estructura rural centroamericana [...] se ha ido modificando bajo la dinámica coercitiva y necesaria de una división internacional capitalista del trabajo que entusiasmó a los propietarios terratenientes criollos”<sup>4</sup>. Y es justamente este esquema, según Edelberto Torres-Rivas,

el responsable de que la periferia centroamericana se convirtiese en una especie de “apéndice” agrario del centro, con todo lo que esto implica en la dimensión del desarrollo socio-político, es decir, su innegable estancamiento con respecto a buena parte del continente latinoamericano.

La organización económica -todavía colonial-, que obviamente imposibilita una toma de decisiones autónoma, encuentra un mercado internacional cuya demanda impone una infraestructura económica basada en la monoproducción. La modernización productiva centroamericana, por cierto bastante distinta de la latinoamericana, debe ser, por lo tanto, considerada en un contexto en el que la inserción capitalista representa un “nuevo eje de desequilibrios estructurales”<sup>5</sup>.

No sólo el texto de Torres-Rivas que hemos citado aquí, sino también el de Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*<sup>6</sup>, mucho más conocido, es publicado por primera vez en 1969, justamente cuando el episodio conocido como la “guerra del fútbol”, entre El Salvador y Honduras, contribuye a la crisis del proyecto de integración regional más antiguo de la región, el Mercado Común Centroamericano, que había, además, conocido períodos relativamente virtuosos para los países que lo habían suscrito. Se trata del período en el que las exportaciones de las repúblicas centroamericanas se encuentran en pleno auge en términos de volumen y valor como consecuencia de la diversificación productiva a la que asistimos durante la posguerra: entre 1950 y 1977, las exportaciones en el sector agro-zootécnico aumentan 12 veces, alcanzando, entre 1960 y 1978, una tasa real de crecimiento del 4,7%, más que cualquier otro país latinoamericano<sup>7</sup>. En el caso de la carne, el azúcar y, sobre todo, el algodón, se trata de un éxito que, de todos modos, está subordinado a elementos geopolíticos y económicos que vinculan cada vez más a Centroamérica con Estados Unidos: una innegable apertura hacia el exterior, pero también una clara profundización de la vulnerabilidad económica y política de la región.

La permanencia del modelo agroexportador y la baja participación centroamericana en el programa de la Alianza para el Progreso contribuyen a retardar, *ad libitum*, un verdadero proceso de industrialización: incluso durante el período de mayor fulgor de la industrialización por sustitución de importaciones -durante los años '60- no alcanzaría jamás niveles importantes de desarrollo<sup>8</sup>. Así como tampoco la capacidad de diversificación productiva, que siguió al cambio en la demanda del mercado internacional, de ninguna manera significó la po-

sibilidad de que el área centroamericana se alejase del limbo de la crónica dependencia respecto al centro.

El resto es historia reciente, historia de crisis económica, al menos desde 1979 en adelante; historia de conflictos que no encuentran actores interesados en un diálogo que esté orientado a encontrar posibles soluciones; historias de índices socioeconómicos que evidentemente no podían de ningún modo evitar una fuerte resonancia en la sociedad, con un desarrollo veloz de la dimensión reivindicativa, el consecuente aumento en el número de militantes en los “bloques populares”, de los combatientes en las filas de los grupos guerrilleros, así como también del reforzamiento de la respuesta represiva por parte de los gobiernos “contrainsurgentes”, con su carga de sangre, torturas, desapariciones, masacres indiscriminadas.

Durante los años '80 y comienzos de los '90, nos encontramos frente a un panorama de escalada del conflicto expandido a toda la región, a partir del triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, verdadero “espectro” de la política exterior de la administración Reagan.

Con la pacificación del conflicto centroamericano, proceso que va encontrando solución en varias etapas a lo largo de los años '90, se accede a un período de intento de construcción de una democracia liberal en toda la región, con la llegada simultánea de un neoliberalismo salvaje, cuyos rasgos principales son unas privatizaciones radicales, una desregulación completa de los mercados y la total ausencia de medidas progresivas (los llamados “colchones”) que faciliten la absorción de los ajustes estructurales por parte de la sociedad, por lo menos, para atenuar sus impactos más dolorosos, especialmente para los grandes sectores de la población que se encuentran por debajo de la línea de pobreza relativa.

Los países centroamericanos salen del conflicto armado con estados en ruinas, pero con sectores empresariales fortísimos, tanto a nivel de las asociaciones corporativas como a nivel de concentración de la riqueza y acumulación de capital. Es justamente este sector el que interpreta la urgencia de relanzar la economía, mirando exclusivamente a las nuevas exigencias del mercado internacional y lanzando políticas de desarrollo que relativizan o posponen reformas sociales absolutamente necesarias e impostergables; reformas que, por otra parte, operarían sobre las mismas razones por las que se habían desatado los conflictos armados en la región y que aun no han sido resueltas, y que por eso mismo son también peligrosas, ya que implican el riesgo de un nuevo regreso a la violencia.

A pesar de los procesos electorales, de los distintos cambios de gobierno y de los parlamentos multipartidarios, Centroaméri-

ca ha fracasado en encontrar solución a su desafío más importante: la reducción de los enormes bolsones de pobreza e informalidad urbana. La ilusión por parte de la población de estos países de poder mejorar sus condiciones ha derivado en una multiplicación de violencia anómica, apolítica, criminal, que ha alcanzado excesos por la proliferación del fenómeno de las pandillas y las maras<sup>9</sup>.

En este panorama de desintegración social, no sólo determinado por la aplicación repentina y violenta del modelo neoliberal, sino también por la falta de capacidad por parte de los gobiernos centroamericanos de reabsorber la inmensa masa de ex combatientes -de los que sólo una mínima parte fueron reinsertados en la sociedad civil-, las élites políticas y económicas siguen ejerciendo una hegemonía total, persisten en su actitud patrimonialista, con una lucha política sin mecanismos de representación social, y con mayorías volátiles con objetivos puramente electoralistas, que satisfacen el “sentido común democrático” pero que evidencian el carácter vertical, desde arriba, “por decreto”, de la democratización centroamericana.

Asimismo, si nos concentramos en los apellidos de quienes forman parte de estas élites, completamente desvinculadas de la sociedad, lejos de los problemas de los países en los que viven, pero con relaciones económico-financieras muy estrechas con los “nuevos centros” a nivel mundial, nos encontramos con los mismos nombres de aquellas familias de la inmarcesible oligarquía centroamericana.

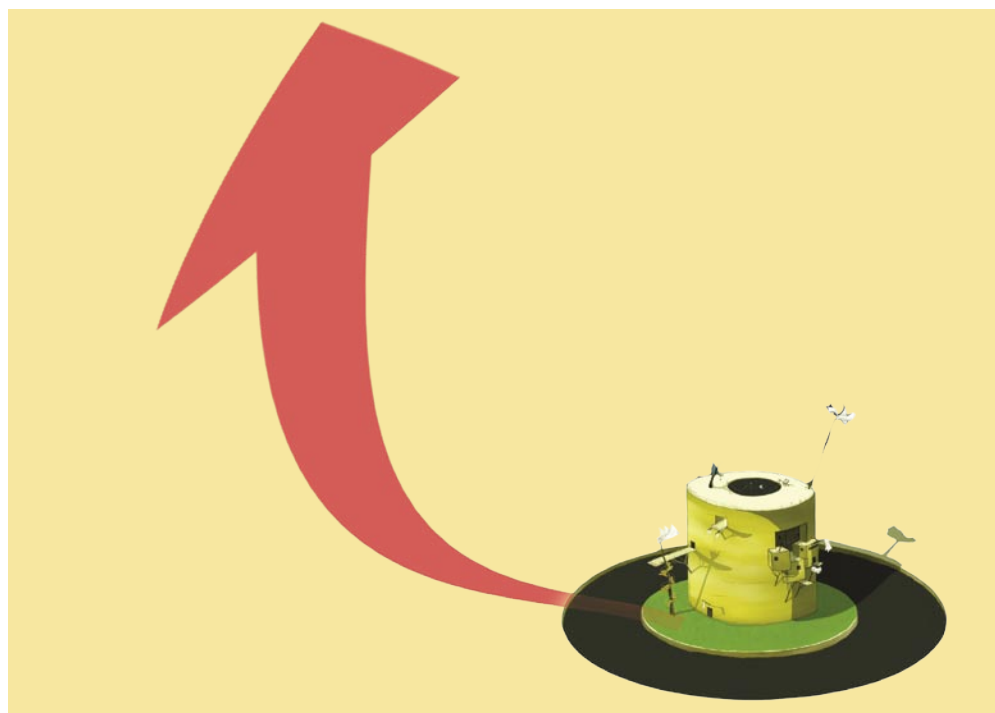
En Nicaragua, los Lacayo, los Chamorro, los Solorzano, los Montealegre, los Pellas, etc., se encuentran actualmente en plena batalla por la reconquista de un poder político que está nuevamente en manos de los sandinistas, o de lo que queda de ellos, es decir, un comité de negocios de tipo familiar/amiguista, con una base militante

cooptada a partir de la lealtad hacia el líder carismático Daniel Ortega que, más allá de las proclamas demagógicas de un antiimperialismo antiguo, se concentra exclusivamente en la manera de volver eterno su propio poder y de desarrollar el polo empresario sandinista elaborado bajo su dirección y cuyo nuevo centro de referencia está representado por la Venezuela de Hugo Chávez.

En Guatemala, los Arzú, los Ay-cinena, los Castillo, etc., reclusos en sus “zonas rosas” siguen ejerciendo su hegemonía en la asociación empresarial, el Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, Industriales y Financieras (CACIF), manteniendo sus canales privilegiados con los nuevos centros externos, con los que desarrollan sus actividades de importación y exportación, y utilizando su poder político para asegurar la protección de sus intereses y de sus “camarillas”.

Por otra parte en El Salvador, los Cristiani, los Poma, los Dueñas, los Simán, etc., como han hecho muchos otros exponentes centroamericanos de las “familias notables”, pasaron de ser agro-exportadores a convertirse en poderosos financistas<sup>10</sup>: las famosas 14 familias de la eterna oligarquía se han concentrado en ocho poderosos grupos empresariales, titulares de grandes bancos y centros comerciales que absorben casi todas las remesas enviadas al país por los más de tres millones de salvadoreños que viven en Estados Unidos. Sus intereses están, claro, garantizados por la presencia del partido ARENA al comando de ejecutivos cómplices en un escenario característico de estado-botín.

En Centroamérica, el proceso de modernización de la economía tuvo la particularidad de desarrollarse en condi-



LOS NUEVOS CENTROS NO SON TAN FÁCILMENTE UBICABLES A NIVEL GEOGRÁFICO. MUCHAS VECES, SON ENCLAVES CON SEDE EN EL CENTRO, ENTENDIDO EN TÉRMINOS CLÁSICOS; ASIMISMO, EN GENERAL SE TRATA DE CENTROS “VIRTUALES”, VERDADERAS TERMINALES HIPER-TECNOLÓGICAS, FRECUENTEMENTE DE CARÁCTER EXCLUSIVAMENTE FINANCIERO, QUE SE RELACIONAN DIRECTAMENTE CON LAS NUEVAS PERIFERIAS, CON QUIENES VIVEN, TRABAJAN Y SE RECREAN, EN ÁREAS PROTEGIDAS POR MILICIAS PRIVADAS QUE DEFIENDEN ESTOS ENCLAVES DE MODERNIDAD [...].

ciones de mantenimiento de la hegemonía oligárquica, en el marco de una ausencia total de modernización política. Ya en los años ‘80, Centroamérica había sido una especie de laboratorio experimental de la ofensiva ideológica de los *think tanks* neo-conservadores de la derecha republicana estadounidense, que habían lanzado un vasto cartel de fundaciones creadas con el supuesto objeto -ratificado luego por el Documento de Santa Fe II<sup>11</sup>- de promover la democracia y la libre empresa en los países en vías de desarrollo. La *Heritage Foundation*, *Freedom House*, *National Endowment for Democracy* y otras, apoyaron y financiaron con grandes sumas a las organizaciones de las empresas privadas centroamericanas, para que adoptasen con mayor ímpetu los modelos de desarrollo neoliberales. De este modo, la pacificación regional fue promovida “desde afuera”, a través de esta operación de “maquillaje” político orientada a captar capitales externos para relanzar las economías nacionales. Dicha operación se cumpliría con la afirmación de la “democracia electoral empresarial”<sup>12</sup>, que iría definiendo sus rasgos distintivos hasta alcanzar el escenario actual.

Con una increíble capacidad de previsión y muy detalladamente, Xavier Gorostiaga anticipaba los principales aspectos de este escenario en un ensayo de 1996. En un contexto en el que la gran mayoría de la población (78%) está excluida del poder económico, político y cultural, y que, además, sobrevive en una alucinante y miserable dimensión denominada “somalización”, las élites exclusivas detentan el poder en enclaves de modernización que se relacionan y unen entre sí a nivel regional y con el mercado global, en una dimensión denominada “taiwanización”<sup>13</sup>. En esta dimensión de enclaves de modernidad encuentran lugar todas las actividades económicas, productivas y financieras: industria, comercio, sector agrícola, maquiladoras, “zonas rosas”, privilegio del 2% de la población, fundamentalmente blanca y perteneciente a familias que,

como mínimo, son parte de un cierto linaje, a cuyo lado se encuentra un 20% de clase media intelectual, cooptada por la élite y puesta a su servicio.

Ciertamente, hemos descrito la situación deliberadamente de manera esquemática y sencilla pero, sin embargo, representa el análisis más lúcidamente descriptivo de la actual Centroamérica.

Al mismo tiempo emerge de aquella situación un cambio sumamente importante en el concepto de centro-periferia aplicado al contexto centroamericano. Los nuevos centros no son tan fácilmente ubicables a nivel geográfico. Muchas veces, son enclaves con sede en el centro, entendido en términos clásicos; asimismo, frecuentemente se trata de centros “virtuales”, verdaderas terminales hiper-tecnológicas, frecuentemente de carácter exclusivamente financiero, que se relacionan directamente con las nuevas periferias, con quienes viven, trabajan y se recrean, en áreas protegidas por milicias privadas que defienden estos enclaves de modernidad donde, entre otras cosas, se realizan transacciones, relaciones de compra-venta, exportaciones de bienes primarios y/o lujosos productos de consumo, importaciones de tecnología y de maquinarias de todo tipo. Actividades que son desempeñadas por unos pocos integrantes de estas élites, completamente fuera de los circuitos estatales, muchas veces fuera de cualquier normativa reglamentaria, con la temerosa connivencia de instituciones que, cuando no se encuentran totalmente bajo el control político de las élites mismas, son de todos modos tan vulnerables y genuflexas a sus deseos como para no causar ningún tipo de fastidio a las relaciones que mantienen con las terminales centrales del mundo globalizado.

Esto ocurre en un contexto en el que el estado de derecho y el estado nación son hipótesis inconclusas, quizás, también conceptos vacíos, en situaciones reguladas por mecanismos elitistas y completamente (y de-

liberadamente) aislados de la sociedad y de sus problemas endémicos, que no encuentran de ningún modo posibles soluciones compartidas, o por lo menos, inclusivas.

## Notas

<sup>1</sup> Max Weber, “The Three Types of Legitimate Rule”, en *Berkeley Publications in Society and Institutions*, vol. VI, 1958, pp. 1-11.

<sup>2</sup> Marta Elena Casaus Arzú, *Guatemala: linaje y racismo*, San José de Costa Rica, FLACSO, 1992.

<sup>3</sup> Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003 (ed. orig. 1969).

<sup>4</sup> Edelberto Torres-Rivas, *Interpretación del Desarrollo Social Centroamericano*, Santiago de Chile, Ed. PLA, América Nueva, 1969.

<sup>5</sup> *Ivi*.

<sup>6</sup> F. H. Cardoso y E. Faletto, *op. cit.*

<sup>7</sup> Fuente: CEPAL.

<sup>8</sup> Elizabeth Fonseca Corrales, *Centroamérica: Su Historia*, San José de Costa Rica, EDUCA, 1998.

<sup>9</sup> Para profundizar sobre el tema de las maras, ver Ibán de Rementería, “Reflexiones sobre ‘La seguridad pública y los derechos humanos’”, en *Puente@Europa*, Año V, vol. 1, marzo 2007, pp. 22-24.

<sup>10</sup> Juan José Dalton, “El Salvador: Nuevos Grupos de Poder”, en *Proceso*, 27 de febrero de 2006.

<sup>11</sup> Ver “Una Estrategia para América Latina en los 90: Informe Santa Fe II” ([http://colombiainternacional.uniandes.edu.co/datos/pdf/descargar.php?f=/data/Col\\_Int\\_No.06/06\\_docum\\_Col\\_Int\\_06.pdf](http://colombiainternacional.uniandes.edu.co/datos/pdf/descargar.php?f=/data/Col_Int_No.06/06_docum_Col_Int_06.pdf)).

<sup>12</sup> Giorgio Tinelli, “Percorsi e Problemi della Democratizzazione in Centroamerica”, Bologna, CESDE, 1998.

<sup>13</sup> Xavier Gorostiaga, “Centroamérica: entre Somalia y Taiwán ¿hay otra alternativa?”, en *Envío*, n. 167, enero de 1996.